Los años 20 como argumento literario
El caso de Pierre Lemaitre y su novela llevada al cine: *Nos vemos allá arriba.* De la espada del humanismo a la degradación humanitaria

M.ª DEL PILAR BLANCO GARCÍA
Prof. Titular de Universidad. UCM (Jubilada)

Cada guerra es una destrucción del espíritu humano
HENRY MILLER

Introducción

El escritor francés Pierre Lemaitre (1951) publica en 2013 la obra *Au revoir là-haut,* objeto de nuestro interés para esta contribución. Ese mismo año recibe el prestigioso premio literario Goncourt por esta novela que se convertiría en todo un fenómeno editorial en Francia. Se trata de una novela picaresca en la que sus dos protagonistas principales tratan de sobrevivir tras la Primera Guerra Mundial, embarcándose en un proyecto cuyo objetivo es enriquecerse a través del desfalco. Precisamente esa picaresca es un ejemplo de cómo en la década de los veinte, ante la penosa situación económica y social como consecuencia de la guerra, el ser humano recurre al ingenio y a los más bajos instintos para prosperar y salir delante de una situación que ponía las cosas muy difíciles a los menos favorecidos, poniendo de manifiesto que por muchas que sean las penurias, el ser humano tiene una capacidad de superación casi ilimitada. El análisis de los comportamientos de los personajes viene a demostrar la formación en Psicología y Comunicación de nuestro autor.

Después de haber realizado la lectura de este libro, que es la base de esta contribución, nos vimos obligados a rectificar lo que íbamos escribiendo sobre lo que encontrábamos y brotó, como si fuera una pequeña hierba, una reflexión: *no escarmentamos*. En estos momentos que estamos viviendo, una nación está pasando por unos momentos difíciles.

Diríamos que la tierra no es el espacio para reunirnos. ¿Por qué razón? La encontraremos a medida que vayamos introduciéndonos en esta obra literaria, y nos demos de bruces con esos hombres luchadores y sus bocas partidas, rotas… *(Gueules cassées.)* Una expresión creada para poner de relieve a aquellos militares malheridos, con los rostros desfigurados en la Primera Guerra Mundial (1914-1918).

Como idea preliminar, diremos que el *humanismo*, entre muchas cosas, significa valorar al ser humano y su condición. En este sentido, está relacionado con la generosidad, la compasión y la preocupación por la valoración de los atributos y las relaciones humanas. El humanismo, en el sentido amplio, significa valorar al ser humano y su condición. En este sentido, está relacionado con la generosidad, la compasión y la preocupación por la valoración de los atributos y las relaciones humanas. Encontraremos la solución a esa reflexión a medida que vayamos entrando en el contenido de esta novela y conoceremos «el humanismo» que existe entre militares en la guerra. Los soldados rasos, de los dos bandos, son capaces de hacer un alto en la lucha, para firmar la paz en el aire, el día de Navidad, y compartir una onza de chocolate, el que la tenía, como dice la historia, y bailar un pedacito del *foxtrot*, es decir, el trote del zorro.

Cuando hojeamos por primera vez el título: *Au revoir là-haut,* y sin conocer la novela, uno se pregunta qué tendremos que hablar allá arriba que no se pueda hacer aquí abajo. Y si en la tierra no es el espacio para reunirnos, nos preguntamos: ¿por qué razón? Al enfrentarnos con este *Au revoir, là haut* y la traducción del título: *Nos vemos allá arrib*a, nos chocó un poco porque nos parecía flojo, indolente. La respuesta la encontraremos en el *humanismo* que existe entre compañeros en esa gran guerra que empezaría en la segunda década del siglo XX y terminaría con el crac de la Bolsa de 1929.

Después de terminada la lectura de la obra objeto de estudio, no decimos que nos viéramos obligados a rectificar lo que ya habíamos escrito, sino que pensábamos ¡*no escarmentamos!* Puede que, actualmente, no estemos lejos de imitar de forma semejante aquella situación.

¿La amistad puede igualarse al humanismo?

Si echamos la vista atrás, veremos que se considera a Francisco Petrarca (1304-1374) el padre del humanismo y según él, *para ser culto y adquirir verdadera humanidad, era indispensable el estudio de las lenguas y letras de los clásico*s.

La evolución del concepto de *humanismo* ha ido cambiando de una forma tremenda, por no decir brutal.

El término *humanismo* aparece en el siglo XVI como sustitución del teocentrismo, por una filosofía de la vida democrática y ética, que afirma que los seres humanos tienen la responsabilidad de dar sentido a las propias vidas: el antropocentrismo.

El humanismo, en el sentido amplio, significa valorar al ser humano y su condición. En esta acepción, está relacionado con la generosidad, la compasión y la preocupación por la valoración de los atributos, también con las relaciones humanas que son las que nos encontraremos en la obra que nos ocupa y cuando nos centremos en un núcleo de personas que nos definirán

qué es, verdaderamente, el humanismo a principios del siglo xx y nos focalizaremos en tres personas como núcleo central: Albert Maillard que decía que morir hoy era aún más útil que haber muerto ayer, Édouard Péricourt, Henri d'Aulnay-Pradelle y el entorno que les rodea, o más bien donde están inmersos: la primera guerra mundial y la postguerra.

Pradelle era un tipo guapo en todos los sentidos, pero a Albert no le gustaba porque era, delgado, alto y elegante, ojos azules, labios finos, en resumen, un *tipo guapo* y bastante *antipático*, pero también un *gran borrico*…, y dispuesto al asalto en cualquier momento como militar que era.

La formación militar consistía en que, todos los hombres, estuvieran en fila y dispuestos a llevar a cabo las órdenes de los jefes militares que mandaban. La alineación de los soldados, acordada en el batallón en el que se encuentra el campo bélico, dispone que Albert vaya el tercero, detrás de Berry, y del joven Péricourt, contento y feliz.

Albert era un tipo flaco, hablaba poco y se le daban bien los números. Su madre soñaba con verle como director en la Banque de l'Unión, pero a él no le gustaban los números, le gustaba más Cecile: *les yeux de Cécile, la bouche de Cécile, le sourire de Cécile,* y*…, les seins de Cécile, le cul de Cécile.* En resumen: ¡*Ella entera!*

Sin embargo, nadie puede saber lo que el destino nos tiene reservado. Dos mujeres estaban pendientes de él; su madre, aterrorizada por la guerra, y Cécile, semejante a su madre, asustada, pero con la seguridad de que ese camino bélico le traería de vuelta a casa. Cécile era su primer amor y bebía con pasión sus besos, aunque estuvieran llenos de saliva y unos ojos azules…, y además estaba segura de que la guerra iba a ser muy corta. Para ella la guerra era pan comido y Albert quería ser un pan para que se lo comiera Cécile; sin embargo, también sabía que la guerra era una lotería de balas y le podía tocar alguna…

Edouard Péricourt, no destacaba en nada, era un soldado más que iba delante de él y que tuvo la mala suerte de caer herido. Cayó desplomado a sus pies y a punto estuvo de pisarle. Al «pequeño» Péricourt, como le llamaban (medía un metro ochenta y tres cm), la bala que le alcanzó, le destrozó una pierna. Creyó que no la tenía, pero ahí estaba, aunque deshecha y se dijo a sí mismo: «*tengo la pierna*». Conservó sus dos piernas gracias al torniquete que él mismo se había hecho.

Albert Maillard sucumbe en un estallido de bombas, se ve cubierto de tierra e intentando respirar y acordándose de Cécile; cierra los ojos y se hunde en la nada: ¡*Acaba de morir*! Sólo queda *su espada* como símbolo de la lucha por la vida y sin poder atacar.

Pradelle estaba seguro de que esa guerra no iba con él. Estaba convencido de que nada, ni nadie, le iba a matar. Era muy astuto y jugaba con seguridad.

Estos tres personajes nos llevarán de la mano por esta obra, para descubrir las cualidades mejores del género humano, pero también las peores.

El auténtico peligro para el soldado no era el enemigo, sino los mandos que les dirigían, y este sería Henri Aulnay-Pradelle.

Volviendo a *Édouard Péricourt,* este era de una familia rica y un *tío con suerte* hasta que llegó ese momento bélico. Mientras se arrastraba, una explosión cambió todo su entorno y, solamente, una espada era lo que podía reconocer.

Esa espada, clavada en la tierra, se movía como un arbolito, sin que hubiera viento, ni nadie, ni nada alrededor que la agitara. Édouard miró, observó y supuso que, quizás, alguien la pudiera tener entre sus manos e incapaz de hacer otra cosa y arrastrándose con su pierna malherida, se acercó y empezó a escarbar, a socavar, y a ahondar en la tierra con sus propias manos. Después de unos momentos muy difíciles, alguien apareció entre los escombros y, ayudado por Pericourt, salió a flote un soldado: ¡Albert Maillard acababa de «resucitar»!

La espada definida como: *arma blanca, larga y recta, terminada en una punta aguda y generalmente con dos filos cortantes,* se convertirá en la señal de vida y no sólo eso, también representará un rasgo de humanismo, de caridad, de ley.

Esa espada, además de lo que acabamos de decir, también será el comienzo de un rasgo de *humanidad,* que se irá convirtiéndose cada día en una eterna amistad.

Los dos soldados saldrían adelante ayudándose uno al otro y convirtiéndose en una verdadera fraternidad. Los dos soldados volvieron a la vida de una forma muy distinta. Albert resucitó de entre los muertos devolviendo tripas y esqueleto.[1]

Una vez pasado el ataque, cuando la *compañía* iba recorriendo el campo de batalla buscando restos, se encontró con dos soldados malheridos: Albert y Péricourt.

Albert sostenía sobre sus rodillas a Péricourt que no podía caminar. ¡Cada uno tenía sus propios problemas, y juntos los harían frente! No se conocían, pero… En ese momento, se desencadena una cascada de sentimientos en ambos.

Digamos que esa situación los unió para siempre. Compartieron dolores y ayudas. Eran dos piltrafas que se ayudaban mutuamente en lo bueno, en lo malo y muchas veces en lo peor. Albert se recuperó pronto, pero no así su compañero.

Péricourt mezclaba la realidad con la imaginación. Con su amor a la pintura y los dibujos, iba demostrando que su cultura era amplia. En su ensoñación mezclaba los grandes pintores, músicos, científicos y matemáticos

1 *Tripes et boyaux,* p. 57.

y eso demostraba que había asistido a buenos colegios y recibido conocimientos generales y específicos, de lo que se desprendía que pertenecía a una familia económicamente bien dotada.

A medida que iba mejorando, Albert, sin separarse de él, ayudaba, deliberadamente, a los auxiliares voluntarios. Añoraba a Cécile, la echaba mucho de menos, pero él tenía que centrarse en Péricourt para que saliera adelante. Le debía su vida y él luchaba por la del compañero que le había salvado la suya. Eran dos personas desconocidas, pero…, las circunstancias de una batalla unieron sus vidas para siempre.

Una pierna rota y también el descubrimiento de la pérdida de la mitad de su cara, una *geule cassée,* como llamarían más tarde a todos los luchadores que estaban en las mismas condiciones, le agobiaría de dolor y sólo la morfina le aliviaría, momentáneamente.

Los dos terminarían en un hospital. Albert recogió el petate de su compañero y nada más abrirlo se encontró con unos hermosos y duros dibujos de situaciones bélicas y, podríamos decir, que recogiendo al minuto los desgarros que las guerras dejan: muertos y destrozos en sus alrededores y haciendo un nudo en la garganta de Albert. ¡Esas imágenes gritaban por sí mismas!

Édouard Péricourt tuvo que abandonar el hospital y lo peor de todo era que se quedaría sin morfina. Albert no le abandonaría, se quedaría con él. Quiso ser positivo y animarle porque tenían que irse del hospital, porque había llegado el fin de la guerra, y quisieran o no quisieran, no tenían más remedio que buscar un lugar donde vivir.

Para Édouard era duro reconocerse. La metralla se había llevado la mandíbula inferior; debajo de la nariz se veía la garganta, el paladar y los dientes de arriba, ya no había lengua, y…, ¡tenía 23 años!

Podríamos decir que lo que les unía era su rasgo de *humanidad* total y absoluto, pero también *humanitario.*



Esta imagen, de un desconocido, podríamos imaginarnos cómo sería la situación en la que se encontraba el pobre Édouard.

La desesperación le llevaba a intentar suicidarse, pero ni siquiera valía para eso. Albert, con una paciencia como el santo Job, luchaba por su vida, una vida de gemidos, aullidos y ayudado por las monjas enfermeras que le ataban cuando se iban. Intentaba que los médicos se ocuparan de él, pero era inútil que se lo llevaran a un hospital a ver si el olor putrefacto se iba y podía respirar. Quería que le atendieran, pero era inútil.

Se plantó en *la unidad de logística* para que le atendieran y la respuesta era siempre la misma, como decía Larra, «*vuelva usted mañana*».[2] ¡Un día y otro día! ¡Se iba pudriendo poco a poco! La ventana siempre tenía que estar abierta para poder respirar, le decía Édouard, y, de repente, se da cuenta de que tampoco podía sonreír.

Albert, en su labor humanitaria, quiere mandarle a París con sus padres, pero se negaba; tampoco quiere ir con su hermana; ni siquiera con *una Cécile* a quien había amado antes de la guerra, que le hubiera arrastrado para volver a casa. Lo que antes deseaba, ahora era un no rotundo. Albert se convirtió en el centro de Edouard Péricourt y sería víctima de su propia generosidad. Édouard se convierte en *inhumano* para consigo mismo y para con su familia, al no querer ir con sus padres.

Ante esta actitud, solo queda una solución: hacerle desaparecer para que su familia no intente recuperarle. Desea que le den la identidad de otro soldado muerto. Pero no se puede hacer desaparecer a un militar que no ha muerto y lo único que puede ser es, dar el cambiazo: *darle la identidad de un muerto*. ¡Matar a un vivo y resucitar a un muerto! Albert está dispuesto a enfrentarse al pelotón de fusilamiento para ayudarle. ¿Cómo se puede llamar esta acción?

Albert saca del petate de Édouard la cartilla militar, y se encamina al lugar donde está el libro de los fallecidos. Su objetivo es engañar al encargado agradeciéndole su trabajo cuando terminaba su jornada…

¿Esta acción es humanismo? ¿Es un acto de humanidad? ¿Las dos cosas?

¡Albert se jugará la vida por ayudarle! Se fijará dónde dejan las llaves de la oficina y entrará para indagar quienes son los muertos.

Todos los muertos tienen familia, menos Eugène Larivière. El único contacto que tiene son los Servicios Sociales, sin padres, sin familia, sólo la administración. Busca su cartilla y la encontrará. Para despistar, si hay una inspección, se va con otras cuantas más para simular que estaban pérdidas.

Un rasgo duro de «humanidad» el de Albert: hacer desaparecer a Édouard Péricourt, que acaba de morir por Francia, y resucitar a Eugène Larivière de entre los muertos para encarnarse en el cuerpo de Édouard. ¿Es esto un rasgo de humanismo?

2 *El Pobrecito Hablador*, n.º 11, enero de 1833.

Albert sacó un rasgo de *humanidad* con un *remordimiento* y una *mentira* cuando decidió escribir una carta a la familia de Édouard dándoles la noticia de que su hijo había caído en combate y terminar, de una vez, con esta historia.

Édouard desaparece y Albert intenta seguir su camino para reencontrarse con Cécile, pero…, Pradelle le cortaría su camino y caería en un agujero más profundo que el de donde le sacó Édouard. El primer paso fue el encuentro con una joven, muy elegante, que le presentaba Pradelle: *¡Madeleine, la hermana de Édouard!*

Albert había intentado que Édouard se pusiera en contacto con su familia a través de unas cartas y diciéndole que le acogerían con los brazos abiertos, incluso le escribiría las cartas él mismo, pero la negación fue total… Y ahora es él quien se encuentra con su hermana.

El capitán Aulnay-Pradelle conoce perfectamente lo que estaba ocurriendo con ese niño rico y quiere meter la mano en ese asunto, preguntando: ¿qué ha hecho con el hermano de Madeleine?

Albert pasó toda la noche con pesadillas y un puntapié le despertó para decirle que buscara el cadáver de su compañero para entregárselo a su familia. Sabiendo que está vivito y coleando, tiene que buscar por todos los cementerios donde haya restos de un soldado que no pueda ser identificado y ese gesto es inhumano y a la vez, lleno de humanidad.

«El general Morieux me encargó que ayudara a su familia», le dijo Pradelle. «Solo le quedan dos soluciones: la primera, decir la verdad (si la dice se verá con el agua al cuello y yo también) y la otra: nos piden un soldado muerto, y hay que dárselo. Mueva el culo y aporte un cadáver rotulado: Édouard Péricourt.»

¡Y lo hizo! ¡Adiós humanismo de Albert! ni siquiera quedará un pequeño rasgo, más bien la degradación de cualquier rasgo de humanidad. ¡Y cada uno se fue a su sitio!

Inhumanas son las acciones de estos militares acompañados de otras personas más. El reagrupamiento de los cadáveres se convertiría en grandes negocios para esos militares «honorables» y los que les acompañaban, creando cementerios para militares.

La reagrupación de tantos cadáveres se convirtió en un gran negocio. Tuvieron que fabricar ataúdes y eran tantos, que aparecieron empresas especialidades que estaban prohibidas por el Estado. Y en ese negocio estaba, también, *Pradelle-Aulnay*, que había ayudado a la hermana de Édouard y se había casado con ella.

Ya era de la familia, pero la aversión entre suegro y yerno fue evidente desde el primer momento. Sin embargo, Péricourt padre, aún sabiendo que era un bribón, no quiso oponerse al capricho de su hija. Madeleine no dijo nada, pero el yerno puso mala cara.

Después de ese mal paso por su *humanismo*, Albert retorna a su camino: ayudar a su compañero de calamidades.

Estaba preocupado por la falta de morfina y tenía que ir a un barrio «especial», el barrio griego, para encontrarla. ¡Buscaba hasta debajo de las piedras con tal de encontrarla y ayudar a Édouard!

El padre de Édouard estaba deshecho por la muerte de su hijo y, en cierta manera, se creía culpable. ¡Qué más daba si se había ido ya para no volver! Y además se encontraba con un yerno, capricho de su hija, que le había devuelto a su hermano, mejor dicho, los restos de su hermano. No lloró a su mujer y tampoco a su hijo.

Pasado un tiempo, un día cualquiera tuvo necesidad de desahogarse. Se levantó, se afeitó, se vistió y dijo a su hija: ¡Pide el coche, vamos a salir!

Su hija se había vestido de negro luto que agradó mucho a su padre, a la vez que pensaba que su hija le quería. ¡No quiso el chófer! Solamente había ido una vez al cementerio y ahora iba en pos de *los restos de su hijo*.

Su mundo se había derrumbado. Soñaba con la continuidad de su hijo con lo que había creado, pensando en él…Ya no quería saber nada de nada, dejó todo en manos de su hija. Sólo quería que buscaran los restos de su hermano y llevarlo a la tumba familiar.

Y aparece el antihumanismo más duro, si es que hay diferentes grados. Dieron dinero, a destajo, a todos los que contribuyeron para sacar de la sepultura a su falso hijo y hermano y…, ¡llegaron los recuerdos!

¡Un hijo deseado! Después de varios abortos y de mucho tiempo, llegó Édouard y poco después…, su esposa moriría. Tenía edad para rehacer su vida, pero no le interesaba. ¡Para qué tanta lucha para amasar una hacienda para sus hijos, especialmente para su hijo que sería el heredero…!

La única puerta que estaba abierta era la guerra y por ella se fue. La muerte de su mujer y de su hijo le hicieron llorar lágrimas secas… Le hubiera gustado desaparecer a él también. El cadáver de su hijo hubo que sacarlo de la sepultura para llevarle junto a su madre, su esposa, y con el dolor de no poder, tan siquiera, poner su nombre en la lápida.

Madeleine quiso decir a su padre cómo había conocido al capitán d'Aulnay-Pradelle que sería su marido… ¡No le interesaba nada! Él se sentía un padre arrepentido de no haber estado con su hijo en los momentos importantes y en los pequeños y…, ahora ¡ni siquiera podía poner el nombre de su hijo en el panteón familiar!

Édouard salió del hospital y Albert se lo llevó a su casa: una habitación en una buhardilla que, si era pequeña para uno, ¡cómo sería para dos! ¡La convivencia era dura!

Albert se surtió de papel y lápices de color para que Édouard siguiera trabajando, y porque *estaba peor que un reloj estropeado* que, al menos, daba la hora exacta un par de veces al día.

Sin rostro propio, perdió también el rostro de todos los demás: padres, hermana, amigos…, hasta el odio que sentía por su padre y también la posibilidad de tener ayuda. ¡No era nadie, no era nada!

Albert, con un verdadero rasgo de *humanismo*, decidió hacerse con esta carga y llevarla a su cargo. ¡Eran como «un matrimonio» en toda regla! Y se lo llevó a una pensión que regentaba una mujer con una niña. Allí cada uno tenía su misión y la de Édouard era ocuparse de las tareas domésticas.

La pequeña Louise quería saber qué le ocurría a Édouard. Pensativa y concentrada se acercó a él fascinada y mirándole…, hizo que Édouard se arrodillara, cogiera su mano y la dejara pasar un dedo por el gran hueco que tenía en la cara. A partir de ese día Louise iba a visitar a Éduard y le llevaba periódicos que encontraba en cualquier lugar para que se entretuviera.

Con los cartones que le llevaban y el estrás (cristal muy denso que imita a piedras preciosas), las perlas, los retales, fieltros de colores, plumas de avestruz que le llevaba la niña, hacía sus máscaras para ponerse una distinta cada día.

Henri d'Aulnay-Pradelle cuñado de Édouard, era héroe de la Gran Guerra, millonario a los treinta años, un caradura y sinvergüenza, despreciando a su mujer y viviendo a cuenta de ella, mientras que él andaba con las mujeres que encontraba en su camino.

Los consejos de un padre, cuando el amor se mete por medio, no sirven para nada. El padre conocía bien los asuntos de faldas de su yerno. ¡Y tragaba!

Un día cualquiera, la hermana de Péricourt fue en busca del compañero de su hermano. Llamó al timbre de una casa y preguntó que si vivía allí el soldado Maillard. La contestación fue afirmativa y no dudó en saludarle para tener noticias fraternas.

— ¡Buenos días Sr, Maillard! Albert quedó petrificado y Madeleine le explicó cómo le había encontrado Después de saludarle, le dijo que su dirección estaba en la documentación de su hermano cuando trasvasaron, a la tumba familiar, los restos de su hermano y que a su padre le gustaría conocerlo.

De su garganta sólo salió un ¿por qué?

—Porque Vd. acompañó a mi hermano en sus últimos momentos, Albert.

—¡Sí, claro!

Lo siguiente era la invitación a cenar en su casa el sábado a las siete, porque a su padre se alegraría mucho. Albert quedó un tanto perplejo después de esa visita y se preparó para tener esa entrevista con la familia de Édouard, mientras él se afanaba en hacer nuevos dibujos.

Entre tanto Henri se preparaba para una mísera ceremonia en los *Invalides* en presencia del mariscal Foch y que no le apetecía nada.

Y llegó el momento en que Albert fuera a la casa de los Péricourt. Más que una casa era un palacio y donde se encontraba un álbum con las fotos

de boda de la hermana de Édouard con el militar que ayudó a engañar a esa familia con la defunción de su hijo y a su hermana simulando un amor que no sentía: *un hombre patriota y héroe y la hija de un notable empresario…, más de seiscientos invitados. Inhumano.*

Quiso salir huyendo antes de que llegaran ellos, pero no pudo y no le quedó más remedio que terminar testificando lo que *no* vio.

Cuando volvió a casa se encontró con una serie de novedades y una multitud de dibujos de Édouard. Péricourt había dibujado mucho y había decidido venderlos. Albert pasó las hojas del cuaderno y vio un: *¡Arriba los muertos! y* un *Soldado muriendo en defensa de la Bandera y Compañeros de lucha…,* y muchos más.

—¿Son estatuas? —le preguntó Albert y Édouard le contestó afirmativamente y siguió mirando:

¡Huérfano meditando sobre el sacrificio (*un niño pequeño sentado con la cara apoyada en la mano y un soldado que extendía la mano hacia abajo, hacia el niño! ¡Un Gallo pisando un casco boche!* y un largo etc.

Lo que Édouard desea es enseñarle su cuaderno y un recuadro que pone: «recuerdo patriótico» y a continuación: *Catálogo* de *estelas, monumentos y estatuas en honor de nuestros héroes y de la Francia Victoriosa.*

Lo que desea Péricourt es vender esos monumentos a las familias de los caídos y a los municipios. Ha echado sus cuentas: 300 ó 400 × 7.000, serían 3 millones de francos. Albert hace sus cuentas y piensa que Péricourt está loco y se pregunta ¿quién los venderá? ¡Con él que no cuente!

La explicación que Péricourt le da es muy sencilla. Ellos no van a ejecutar esas obras, ellos sólo venden los modelos del catálogo, no los fabrican y…, ¡se quedan con el dinero!

Y luego ¿qué hacemos?, pregunta Albert y la contestación le deja boquiabierto: «largarnos con la pasta»

Henri, el marido de la hermana de Édouard, quería meter la mano en el negocio de los ataúdes, pero no era el único y no siempre podría salir bien el negocio. Necesitaba trabajadores y pedían chinos para salvar el retraso y, como decía Pradelle: ¡*mis chinos entierran, desentierran y vuelven a enterrar*!

Si en esta obra hay un prototipo de inhumanismo ese es Pradelle, aunque no sea único. Solamente lo que le interesaba era la pasta, ¡caiga quien caiga! Se mete en cualquier horno donde se cueza algo que dé dinero sin importarle nada, ni nadie.

El alcalde de París dice que ya ha enterrado a 115.000 soldados que murieron por Francia a los que debemos un respeto y hará un negocio con las tumbas donde dejan nombres que no son los correspondientes a los soldados enterrados allí.

Péricourt seguía trabajando en el catálogo y «acababa de parir» una ¡victoria! muy lograda e inspirada en *la Victoria alada de Samotracia*, pero con casco de soldado.

En el fondo, Albert estaba contento porque veía a su compañero regresar a la vida y no quería desilusionarle porque creía que esa sería la seguridad de su vida. No podría cobrar una pensión del gobierno, porque no existía, había muerto. Albert sólo veía una fuente de problemas.

¿Sabes lo que pienso? decía Albert: ¡en arrancarle el pellejo a Pradelle!, pero sobrevivir a una guerra para terminar en la cárcel…!

A Édouard se le acabaron los argumentos, se sentía insultado, se sentía, de nuevo, como si estuviera enfrente de su padre, sólo que este padre nuevo no tenía dinero. Terminaron peleándose y rodando por el suelo, habían empezado a odiarse. Édouard hizo el petate y se fue.

Albert se fue de casa y volvió al anochecer. Péricourt, no había vuelto.

El alcalde de París quería hacer un monumento a los caídos de la guerra de 1914 y en una carpeta que estaba encima de su mesa en el despacho y que le encantaría al Sr. Péricourt que decía: el monumento deberá expresar el doloroso y glorioso: recuerdo de nuestros victoriosos caidos.

Los Péricourt, hijo y padre, acogerían la misma idea sin verse y sin hablarse. Los dos se abrazarían, mentalmente, en ese monumento.

El negocio de los cadáveres militares era suculento y Henri Pradelle quería reconstruir las famosas cuadras de Sallevière, que eran de su familia. Estaba claro que el dinero lo sacaría de su degeneración humana: vileza y traición. Desenterraban a los soldados para entregárselos a las familias, con un olor a podrido, que era imposible de soportar, excepto para los senegaleses que los desenterraban. El negocio era doble: dejar vacío un cementerio para llenar otro.

Albert estaba muy preocupado porque Édouard había desaparecido, pero se reencontrarían de nuevo en la casa que había dejado. Por la noche ya estaba sentado junto a Édouard esperando que le explicara lo que pasaba con los monumentos.

Édouard explicaría a Albert todo, sin que se lo pidiera, lo que significaba una empresa fantasma. Una empresa que existe, pero nadie la ve y le dijo: abriremos una cuenta bancaria, pero sin pisar un banco, nada de oficinas, sencillamente *un apartado de correos,* y creo que lo puedo conseguir. Se acercó a la mesa y empezó a escribir.

Albert recordaba la invitación a cenar como agradecimiento en casa de los Péricourt y tenía que ir, temiendo que le descubrieran, y lo peor de todo, que le cayera todo encima e incluso que le detuvieran, acudieran a la justicia… Pasó la noche anterior, muy mal, pensando lo que podía suceder.

Édouard con los dibujos en la mano volvió a explicar que no se trataba de una empresa fantasma, abrirían una simple cuenta bancaria; nada de

oficinas, bastaba un apartado de correos. Édouard no confiaba demasiado en su amigo y de repente dijo: *creo que puedo conseguirlo,* se acercó a la mesa y empezó a escribir a su padre fingiendo, simulando y…, apropiándose del nombre de Albert, que su padre ya conocía:

Estimado Sr. Péricourt: la noche que estuve invitado en su casa, tuvo la amabilidad de ofrecerme un puesto de contable en una de sus empresas. Si la oferta siguiera en pie, quiero que sepa que…

Tenían que tener maestría para robar y llevarse la pasta. Albert iba a estafar a su jefe y a su cliente: el padre de Péricourt. La verdadera realidad, era el hijo quien estafaba a su padre.

Tanto Albert como *Eugene*, su actual nombre, tenían que tener una gran maestría para robar, trasladar a otra cuenta y llevarse la pasta.

Albert había decidido que sólo sería un préstamo y con los dineros de los monumentos a los caídos reembolsaría al Banco antes de huir. La conciencia de un buen hombre le oprimía el corazón sintiéndose entre Péricourt padre y Péricourt hijo con quien compartiría el fruto de la malversación: *Catálogo de la empresa metalúrgica: el recuerdo patriótico*.

En la primera página un nombre: Jules D'Eprenont…, escultor y miembro de la Academia: Rue de Louvre y un apartado de correos.

¿Quién es ese hombre? pregunta Albert a Péricourt. No te preocupes, le contestó Péricourt, nadie preguntará. Éduard se ocupaba de todo y quería ganar un millón antes de largarse.

Frente a este negocio aparecía el de Pradelles: cajas de muertos de 1,30 m. Los cadáveres eran metidos en una caja de uno treinta, aunque midieran dos metros.

Además de estar implicada la familia Péricourt en los ataúdes para sepultar a los soldados caídos en esa maldita guerra, también colaboraba el alcalde de París: Labourdin.

Édouard hacía los dibujos de los monumentos y su padre los pagaba y vendía. La victoria de los Mártires, de Adrien Malendre, tenía la particularidad de equipar a las viudas y los huérfanos y costaba 130 mil francos.

Madeleine su hija se inclinó sobre una obra de su hermano: *Gratitud,* que no le gustaba y a su padre tampoco, pero… uno de los soldados, que va a morir…

De repente, *Gratitud* llama la atención de los dos y les viene el recuerdo de los dibujos que realizaba su hijo y hermano Édouard: rostro puro, los labios carnosos y…, descubrieron la mano de su hijo y hermano en este negocio, pero era imposible…, no existía.

La cuenta bancaria de Albert nunca había tenido tanto dinero: sesenta y ocho mil doscientos francos y empezaría a gastar el dinero yendo al teatro, a la ópera con Pauline y…, también podría caer en su propia trampa ¡Estaba aterrorizado!

Los dos amigos eran como una moneda: uno era la *cara* que quería más dinero y el otro era la *cruz* que llevaba a cuestas. A medida que se acercaba el final, Édouard, de vez en cuando, contestaba las peticiones de los monumentos que le pedían.

Henri nacido en una familia arruinada, en su juventud quería y necesitaba tener éxito con el negocio, no tenía miedo a la adversidad, él pensaba que todo le saldría bien. Tuvo la suerte de casarse con una mujer de familia rica, pero también él quería sacar ganancias de los ataúdes y sepulturas y como no le salían las cuentas quería ayuda.

Había realizado una serie de desmanes, desaparecían efectos personales y desvalijaban cadáveres en una trama en el cementerio y… No había untado a todas las personas que había implicado en el negocio y ahora quería escurrir el bulto con la ayuda de su suegro que se lo pidió en su nombre y en el de su hija, lo que le soliviantó y muy enfadado le contestó:

—Eso es sólo asunto suyo, deje a mi hija: *solamente se trata de Vd., señor d'Aulnay-Pradelle* y de nadie más. Es Vd. un sinvergüenza con un *de* de nobiliario.

Necesitaba ayuda para salir del carajal donde se había metido con tantos regalos: habitaciones de lujo, chicas, comidas, cajas de puros… La discusión se oía desde fuera.

—¡Se lo pido en mi nombre y en el de su hija!

El Sr. Péricourt se soliviantó y le contestó muy molesto:

—!Eso es sólo asunto suyo, deje a mi hija: *solamente se trata de Vd., señor d'Aulnay-Pradelle y de nadie más.*!

Alarmada por el ruido, Madeleine entró sin llamar para enterarse de lo que sucedía. Como siempre, mintiendo y con carantoñas la pidió que hablara con su padre para que, a su vez, hablara con alguien del gobierno para que le ayudara en unas fruslerías.

Después de decirle todo lo que se merecía, siguió.[3] —¡Vd. no tiene necesidad de nadie para meterse en sábanas sucias¡ No grite en mi presencia y váyase!

Albert se había enamorado de Pauline, la criada de los Péricourt que vivía en una buhardilla.[4] No podían vivir juntos por las circunstancias.

La empresa que habían creado empezó a dar sus frutos. Tanto dinero entraba en las cuentas del Banco que los desbordaba y Albert empezó a buscar catálogos en las compañías marítimas para evadirse tan pronto como pudieran.

Y compró tres billetes uno para el señor, Eugène Larivière y dos para el Sr. y la Sra. Évrad. Loco de contento volvió a casa y se encontró el nido vacío.

3 *Vous n' avez besoin de personne pour vous mettre dans les sales draps.*
4 *Une chambre sous le toits.*

El negocio *de* y *con* los cementerios aparecía también. Los féretros que habían desenterrado no tenían nada dentro, sólo tierra. Y si eso era poco…, había tumbas francesas con soldados alemanes dentro.

Existía una consigna de separar los cadáveres alemanes de los restos de los héroes victoriosos y el gobierno alemán era el responsable de separar las sepulturas de sus militares, de los demás.

Pradelle tenía que ocuparse de ello. Pero se dirigió a Merlín con tono seco y autoritario: ¿hace mucho que es funcionario? ¿qué escalafón tiene?

Henri se llevó una hoja que Merlín tenía arrugada donde se ponía de manifiesto que la compañía Frépaz se ofrecía a comprar todas las dentaduras postizas utilizadas para revenderlas. No le pareció mal el negocio a Merlín, pero tampoco bueno y como dice el dicho popular *les petits ruisseaux fond les grandes rivières.*[5]

Pradelle el antiguo capitán no había tenido necesidad de leer a Kant para saber que todo hombre tiene su premio. [6]

Y no vamos a dar más vuelta a la noria: ¡Pradelle quería que su suegro se fastidiara!

Eugène era distinto de los demás, nunca hablaba, pero regalaba dinero. Era raro que un jefe repartiera billetes a los empleados y lógicamente todos querían estar a su servicio. ¡No era normal! Unos decían que era mudo y que sólo emitía sonidos…

Esa noche Pradelle entró en el dormitorio para desahogarse y diciendo: *ataúdes más pequeños, personal incompetente y codiciosos extranjeros que ni siquiera hablaban francés.*

Boches en tumbas francesas, ataúdes llenos de tierra, trafico de objetos robados a los cadáveres. Quería lograr que su mujer le ayudara, pero sólo él, era el responsable, y por consiguiente no obtuvo nada, o mejor dicho, solo una despedida, para siempre, de su mujer, fue lo que sacó y esta expresión: *Estoy muerto Je suis mort.*[7]

La empresa que habían creado los dos amigos, *Recuerdo Patriótico,* habían estafado 1.111.000 francos tenía un saldo de ciento setenta y seis mil francos por un lado y noventa y nueve mil francos por otro.

También a Albert y a Édouard les llegaría su san Martin. Los dos habían creado esa empresa para ganar mucho dinero y largarse. Édouard no pone la cara porque, como sabemos, no la tiene, pero pone la cabeza y su inteligencia. Albert es timorato, pero sigue la inteligencia de su amigo.

Édouard, aceptará la identidad de Eugène Lavière, el del soldado muerto y que no tenía familia. Se convirtió en un hombre que se drogaba, que

5 *Gota a gota se hace un océano,* p. 496.
6 *On n'avait pas de lire à Kant pour se persuader que tout homme a son prix,* p. 497.
7 *A todo cerdo le llega su sanmartín/o,* p. 524.

llevaba caretas de plumas de color verde, que tenía dinero a espuertas y una gran generosidad.

A Péricourt, padre, le hubiera gustado encontrarse con él e incluso ayudarle a huir con Albert y Pauline en el taxi que los conducía a la estación, camino de Marsella.

Eugène iniciaba su despedida del hotel repartiendo billetes a todos. No llevaba la máscara de siempre para huir, esta era muy especial. Notó algo que no era normal, como si le faltara algo, así que quitó la escoba a una trabajadora y se la echó al hombro.

Cuando salió del hotel, vio un coche que se acercaba a la esquina del boulevard. Édouard abrió los brazos para volar, y…

Péricourt no pudo detenerse, pero sí frenar cuando reconoció el vivo rostro de su hijo que volaba por los aires y se estrellaba en el suelo.

Una vez descubierta la trama, terminaría como un drama.

La pérdida de los dineros de la familia Péricourt germinará el fin de la obra. Albert terminará cumpliendo sus sueños de la mano de Pauline y emigrando de Francia.

Édouard había sido perseguido por su padre, impulsado por el marido de su hija. y el Sr. Péricourt terminaría atropellando a su propio hijo que creía muerto.

¿Dónde quedó el humanismo?

Conclusión

En sentido genérico, se dice *humanista* a cualquier doctrina que afirme la excelsa dignidad humana, el carácter racional y el fin del hombre, que enfatiza su autonomía, su libertad y su capacidad de transformación de la historia y la sociedad y que también conocemos como *humanismo.*

Nosotros queríamos centramos en los personajes que caminan por una sociedad de postguerra que no reconoce la labor patriótica de unos soldados que pusieron su vida a su disposición de un qué y de un quién, y nos hemos encontrado con el humanismo, el inhumanismo y la apatía.

Alrededor de una familia gira lo bueno y lo peor del género humano. Una familia deshecha por un hijo y hermano que desapareció. Un egoísta que solo quiere dinero falsificando documentación para escalar en la sociedad y dos jóvenes sobrevivientes con muchas dificultades.

En principio, humanos son todos los que participan en esa guerra, pero…

¿Qué entendemos, en esta obra, lo que significa humanismo? Está claro y contundente: la acción que hizo Édouard arrastrándose para acercarse a una espada que se movía y no tenía nombre. Sin él, Albert hubiera muerto y salió andando. Édouard, no puede andar y Albert le ayudará a caminar con esa pierna rota.

Y naturalmente, aparece esa frase latina: *dot ut des,* pero perdiendo, o girando, su verdadero significado: no te doy para que me des; te doy porque lo necesitas y no quiero que nada me des porque no lo necesito; lo único que sobrevive es la verdadera amistad.

Nada ha pedido uno al otro. Generosamente se dieron el uno al otro, para lo bueno y para malo y fueron fieles, aunque tuvieran sus diferencias. La avaricia es lo que les va a distanciar en algunos momentos, pero siempre juntos, menos al final.

Albert está feliz esperando a Édouard en la estación para culminar su deseo: disfrutar de la vida y del dinero acumulado.

Édouard está a punto de iniciar su viaje también, pero…, a la salida de un hotel, un coche se lo llevará por delante y se encontrará con su padre, o mejor dicho su padre se encontrará con él.

Al terminar nuestro viaje por esta obra, dos reflexiones hicieron renacer en nuestra memoria unas frases de dos escritores españoles de aquella época: Ortega y Gasset [8] que decía: *Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo.*

Y Machado [9] escribiría: *Caminante no hay camino, se hace camino al andar.*

A Édouard, la circustancia le cortó el camino de la libertad y Albert siguió su camino hacia la felicidad con Pauline de la mano.

Bibliografía

LEMAITRE, Pierre. *Au revoir là- haut.* Ed. Albin Michel 2013.

LEMAITRE, Pierre. *Nos vemos allá arriba* [traducción de José Antonio Soriano Marco]. Barcelona: Ed. Salamandra, 2014.

HEIDEGGER, Martin. *Carta sobre el humanismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.

SARTRE, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Madrid: Edhasa, 2009.

LEVI, Primo. *Si esto es un hombre*. Barcelona: Muchnik, 2002.

FRANKL, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 2016.

WILSON, Edward O. *Sentido de la existencia humana.* Gedisa Editorial, 2016.

8 (1833-1955).
9 (1875-1939).